

Addio*

NÉSTOR BRAUNSTEIN |

Después de oír y ver no pocas óperas llegué a la conclusión de que con harta frecuencia eran un largo espectáculo que conducía a la palabra final: *addio*, dicha en diferentes idiomas según el compositor. Me toca ahora decir lo mismo acerca de las vidas humanas comenzando por la mía propia.

¿Cómo decir “adiós” a una vida que se acaba? Sé que lo habitual, lo regular, lo normal, es esperar la muerte que debe ocurrir como consecuencia de una enfermedad o un accidente en un proceso de duración variable. Entiendo que se considere extraño, patológico incluso, que un ser humano se suicide en un momento determinado con plena conciencia de las razones y circunstancias de su acción. Por supuesto que, siendo quien he sido y sigo siendo, lo de “plena conciencia” es una expresión ambigua, hasta irónica, al tomar en cuenta la participación del inconsciente en todo acto y especialmente en el definitivo del pasaje de la vida a la muerte. (“El inconsciente no conoce la muerte ni cree en ella”).

En mi caso, dejo la vida bajo protesta pues la amo (*Death? I'm strongly against it*). Puedo decir que no soy yo quien se aparta de la vida sino que es la vida la que pérfida, obcecadamente, se aparta de mí. Vivo la situación con tranquilidad, sin angustia, sin sensación de “cansancio” o tedio. Compruebo la progresiva e irreversible declinación de mis capacidades vitales. Consulté la opinión de muchos especialistas y me sometí sin objeciones a todo tipo de pruebas para objetivar el estado de mi organismo. La acumulación de diagnósticos sobre mi condición cardiovascular, respiratoria, renal, locomotriz, neurológica, dérmica, etc. era aplastante. Encontré en mis médicos una respuesta reiterada, encaminada a darme ánimos: “Sí; sus órganos están mal pero no tiene que olvidar que, dada su edad, con más de 80 años, puede seguir viviendo aunque no haya medios para mejorar lo que está fallando”. Sigo al pie de la letra, fielmente, las prescripciones que he recibido. Mis médicos son muchos, todos excelentes, coordinados por la internista, Dra. María del Pilar Brito de quien me despidió agradeciendo su amistosa atención.

No puedo sino aceptar los veredictos de la ciencia. Reconozco que, en muchos aspectos, mi condición es, por ahora, privilegiada: no tengo dolores ni procesos progresivos que preanuncien una fecha aproximada del momento de mi muerte. Es verdad que ese cuerpo y esa mente (permítaseme el dualismo), que estuvieron a mi servicio durante estas décadas me piden ahora que invertamos la relación: soy yo quien debe ocuparse de ellos. Todos mis amigos se despiden de mí con la frase “*Cuidate*” porque saben de la precariedad de la vida a esta edad y aun más cuando conocen mis males.

“Mis amigos”: ellos. Muchos, maravillosos, afectuosos, siempre presentes, dispersos en varios países, dispuestos a auxiliarme como yo a ellos cuando se requiere. No estará ninguno junto a mí en el momento definitivo pero me encargo de hacerles llegar esta carta de despedida. También a mi familia: Clea, mi hija, heredera universal de mis bienes según el testamento firmado en Barcelona en 2020, mi hermana, mis sobrinas y su descendencia. Creo haber hecho y dejar dispuesto lo necesario para que puedan solventar las necesidades materiales según sus propios criterios y valores.

En pocas palabras, no estoy solo, no estoy “deprimido” y mucho menos melancólico. He vivido y seguiré viviendo los días hasta que esta carta, aun sin fecha, sea despachada, según la regla que me he impuesto como un mandato, especialmente después del comienzo de la pandemia en 2020: *Carpe diem*. Tomé muchas disposiciones para prevenir el contagio pero no dejé de viajar cuanto he podido desde entonces. He asistido a cuantas óperas, exposiciones, conciertos, cines, templos, conferencias presenciales, etc., tuve ganas y oportunidad de ir, sintiendo que era comprensible aunque poco sensata la posición de los muchos que, por todas partes, dejaban de vivir para vivir. Con frecuencia me sentí imprudente pero, a la larga, creo que tenía razón, sin negar el buen juicio de quienes optaban por la protección máxima que daba el aislamiento. Sabía que, dadas mi edad y vulnerabilidad, no podría sobrevivir a la infección aunque, dado el caso, no me importaba mucho morir según la divisa de Horacio pues ya estaba “amortizado”: nada podía reclamar a la vida, nada podía la vida reclamarme a mí.

Con pocas excepciones, desde fines del año pasado, dejé mi práctica con analizantes y supervisandos a sabiendas de que sería traumática la interrupción prevista por mí pero dejada al azar de una noticia recibida por correo desde una distancia transoceánica. En los últimos años he perdido a seres queridos, muy queridos, a la vez que reforcé los lazos con viejas y nuevas amistades.

Fueron también años en que recibí tres homenajes que agradecí y sentí, no inmerecidos pero sí inesperados, pues eran sorpresivos y sorprendentes ya que no los había buscado: el doctorado honoris causa de la Universidad de

Xalapa, Veracruz (2020), la invitación para pronunciar la IL Conferencia de homenaje al fundador del psicoanálisis en Bergasse 19, en el Museo Sigmund Freud de Viena (2021) y el ofrecimiento para escribir el texto de apertura de la sección en español del *European Journal of Psychoanalysis* (2022). A la generosa invitación del Museum Sigmund Freud debí renunciar en noviembre pasado pues tenía ya las indicaciones de que mi condición física me impediría para entonces (justamente cuando escribo estas líneas, en mayo de 2022) viajar, pronunciar la conferencia y discutir su contenido hablando en lenguas que no domino; el Museo aceptó mi renuncia por motivos de salud pero mantuvo la nominación. El ensayo para el *E.J.P.* (“El psicoanálisis en lengua castellana”) fue escrito y está listo para ser publicado este año.

Vuelvo al tema del suicidio que tan frecuentemente se presta a diagnósticos salvajes, a interpretaciones desbocadas o descabelladas, a descalificaciones apuradas sin prestar oídos a las razones que conducen a esa determinación, a olvidar incluso los antecedentes del suicidio asistido pedido por Freud en la primera entrevista con su médico en 1928 y a recordar el consentimiento de este (Max Schur) cuando llegó el momento en que lo pidió en 1939. A olvidar también lo que pocos se atreven a manifestar, como si hubiese en ello algo vergonzante, el hecho de que Lacan se dejó morir por negligencia voluntaria una vez que él mismo se diagnosticó una enfermedad que podía curarse médicamente pero se negó a recibir cualquier tratamiento (o, tal vez, según muchos testimonios, por notar con precisión los trastornos neurológicos que acompañaban a su declinación física y mental desde 1979). Es ignorar los argumentos éticos de los muchos partidarios de la “muerte digna”, de la eutanasia y del suicidio asistido. No se trata en esos casos de un triunfo de la “pulsión de muerte”, siempre tan cómoda y a la mano para descalificar al suicida como sucede en las religiones monoteístas y en el psicoanálisis que *no* es un derivado de ellas. El llamado “pasaje al acto” es, en muchos casos, afirmo que también en el mío, una decisión soberana del sujeto que se opone a la muerte pasiva, consensual, esa que el mundo acepta sin chistar. Una acción frente a un impasse, no un homicidio por “vuelta contra sí mismo” sino una manifestación suprema de la pulsión de vida, de inscripción indeleble de la libertad que nada sería sin la posibilidad de decir “hasta aquí”.

¿Habrá que repetir que el organismo solo quiere apropiarse de su camino hacia la muerte, *eigenes Weg zum Tod*? ¿Hay que recordar el texto de 1915 cuando Freud evocaba el adagio de Vegetius: *si vis pacem para bellum* y lo transformaba en un lema rector, comparable al *carpe diem* horaciano que es: *si vis vitam para mortem*? (*Wenn du das Leben aushalten willst, richte*

dich auf den Tod ein). ¿Qué otra cosa es vivir sino anticipar y apropiarse del camino hacia la muerte?

El suicidio premeditado, decidido en diálogo con otro u otros capaces de escuchar y deliberar con el sujeto que resuelve quitarse la vida sin esperar lo que el destino le depare, es un acto pleno de sentido; no el abandono ante un impulso irracional, un “pasaje al acto” como con frecuencia se le nombra en los casos trágicos.

Sabemos de las dos formas paradigmáticas de la muerte elegida: la cristiana que acaba en dolores insoportables y en una reclamación al padre (*eli eli*) y la socrática de quien bebe la cicuta sin amargura, sin reclamaciones, sin quejas, rodeado del círculo de amigos y discípulos. Busqué vanamente la frase en la *Apología* o en el *Fedón* de Platón pero fue el uruguayo José Enrique Rodó quien la adscribió a Sócrates: “Por quien me venza con honor en vosotros”. El del filósofo fue un suicidio forzado por la polis pero bien podía evitarlo llevando, decía, sus huesos y tendones a Megara o Beocia. Eligió su propio camino preparándose para “soportar la vida” y acabarla con serenidad (*Gelassenheit*).

¿En mi decisión? Diré, digo, que me he ganado el derecho a morir a mi modo, de manera incruenta, en Barcelona, la ciudad que amo por sobre cuantas he conocido, en el momento que he elegido, pudiendo haberlo anticipado o postergado, en soledad para que nadie pueda ser acusado de haber participado en una acción que, pese a recientes modificaciones legales, impide la acción directa e impone trámites burocráticos que estorban la voluntad del suicida. En 2019, en México, compré legalmente a un veterinario el fenobarbital que hoy ingiero. (Los animales pueden ser muertos (*killed*) por los humanos sin que ello sea delito; los médicos no pueden prescribir barbitúricos ni los farmacéuticos venderlos). El pequeño frasco está en mis manos desde hace mucho tiempo, tanto como bien sabía que no me precipitaría a usarlo. ¿Cuándo? No cuando se me antojase sino cuando la prueba de realidad me impusiese ciertas líneas rojas que no me permito rebasar: el no reconocimiento de lugares, gentes, y espacios, la pérdida de la facultad de gozar del arte, del conocimiento del mundo en el que vivo (política, social, económicamente), la autonomía para aprovisionarme de lo que necesito pues vivo solo; me rehúso a depender de alguien para que se ocupe de lo mío, ¡horror de los horrores!, ser trasladado a una residencia para ancianos donde esperaría pasivamente el final en medio de horarios y compañías impuestos, dolores o huesos fracturados. En los últimos meses he sufrido caídas de las que me repuse pero que llevaron al diagnóstico neurológico de parkinsonismo vascular; mi motricidad, especialmente de las manos, está muy limitada (no puedo, sin recurrir a pinzas,

abrir una botella de agua); hasta ahora he podido caminar libremente pero no puedo imaginarme viajando ni siquiera en AVE a Madrid donde tan feliz me sentiría. He dado las autorizaciones necesarias para la disposición de mi cadáver y la dispersión de mis cenizas, agradeciendo a los buenos amigos que las ejecutarán sin rituales fúnebres.

¿Qué he tenido hasta el día de hoy? El goce de la vida con aceptación de los malestares de la ancianidad: he podido leer y entusiasarme con las nuevas ideas o con el humor swiftiano de lo que escribe mi hija, sufrir la pesadilla de la historia de la que no podemos despertar, asistir a manifestaciones artísticas, disfrutar de amistades, sabores, sonidos, paisajes, visiones, películas, y, pese a todo, seguir escribiendo, no con la facundia de mis mejores años, luchando con las palabras, cometiendo infinidad de *typos* que obligan a interminables correcciones en lo que ahora puedo entender, desde dentro, como el *late style* (Edward Said), ese estilo tardío de los escritores viejos. Aun me espera una última revisión de esta carta de adiós antes de ponerle una fecha esperando que la fecha no se adelante a la firma y al *send* en el *mail* del ordenador.

Nada cabe agregar: como escribí en 1990 (*Goce*), el suicidio es la forma más rotunda de la a-dicción. De ahí el obligado paso a la escritura aquí rubricado con mi signatura.

Barcelona, 7 de septiembre 2022

*Néstor Braunstein (1941-2022)

ANTONIO MARQUET | UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA, AZCAPOTZALCO

El miércoles 7 de septiembre de 2022 falleció en Barcelona el Dr. Néstor Braunstein, profesor en numerosas instituciones en el mundo de las que hay que destacar el CIEP, la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, la Casa del poeta, en donde dio una serie de clases magistrales, es especial, sobre *Moisés y Aron*, la ópera de Schoenberg.

Braunstein alcanzó muchos reconocimientos: el doctorado Honoris Causa de la Universidad Veracruzana, al que asistimos en transmisión desde el Consulado de México en Barcelona (2021). El Museo Sigmund Freud lo invitó a pronunciar la 49ª Conferencia magistral en mayo de 2022: "It would be a great honor and pleasure for us to welcome you in May 2022 as the honorary speaker of the 49th Sigmund Freud Lecture in Vienna..."¹. Aparecerá póstumamente el texto de apertura para el *European Journal of Psychoanalysis*. Además de las reediciones y traducciones de sus obras al francés, inglés portugués...

Su obra no se limitó a enseñar y escribir. Un acto político inolvidable fue la adopción de un niño palestino muerto en la Casa Refugio Citlaltépetl.

Fue justamente en la Maestría en Teoría Psicoanalítica en el Centro de Investigaciones y Estudios Psicoanalíticos (CIEP) donde lo conocí en 1990.

De acuerdo con "Addio", habría dos formas de suicidio: con dolores insupportables y recriminación al padre; la de Sócrates que acepta la sentencia. El Dr. Braunstein no murió de manera crística; tampoco socrática. Muere escribiendo; enseñando. En un acto meditado. Después de un análisis serio de las posibilidades con un equipo de especialistas, y tomando la acción más conveniente.

¹ Entre otros oradores se encuentran "Bernardo Bertolucci, Philipp Blom, Carlo Ginzburg, Mark Solms, Siri Hustvedt, Joseph Kosuth, Judith Butler, Slavoj Zizek, William Kentridge, Jaqueline Rose and Colette Soler". De acuerdo con la carta de invitación.

Braunstein se pregunta: “¿Qué otra cosa es vivir sino anticipar y apropiarse del camino hacia la muerte?” recordándonos que es preciso tener una trayectoria para el momento final. En eso consiste la vida, no en su negación, sino en la conciencia activa de su transitoriedad, de su pasaje, creando y asumiendo el camino. De esta manera afirma: “me he ganado el derecho a morir a mi modo, de manera incruenta”. Siendo el fenobarbital, la sustancia que ofreció otra forma de vida.

Sentimos su muerte no porque Braunstein haya tomado esa decisión cuyos argumentos comprendemos. Respetamos la determinación. Néstor Braunstein se condujo siempre como un maestro de gran talla incluso en la muerte, en la elección de su fin.

Tomó esa resolución, logró su cometido. Su explicación es clara, con premisas de peso; es persuasiva. Además, tuvo la fortuna de acometerlo haciendo lo que más deseaba. Murió escribiendo. Murió pensando, argumentando, sosteniendo una causa. Murió obsequiándonos con esa cortesía fina y sincera que mostró en vida.

La epístola final², “Addio”, es una pieza, *chef d’oeuvre*, que renueva un género que creímos fenecido ante el embate del tuitter y la miriada de apps. Es una epístola, para el lector dolorosa y profunda, que debe colocarse al lado de *La respuesta a Sor Filotea*. En primer lugar, por la defensa de los derechos humanos (en este caso el derecho a morir). En segundo lugar, por el derecho a la vida intelectual. En el siglo xvii y en el xxi es en este género donde se opta por defender el vivir o morir escribiendo. Con Braunstein se traza una línea barroco-posmodernidad contra la oscuridad.

Lo que entristece al lector es que el Dr. Néstor Braunstein quería vivir. Disfrutaba de viajes, exposiciones, lecturas, cines, congresos, conciertos, la buena mesa, la conversación... y un largo etcétera. Tenía “el apetito por el saber, por la belleza, por las sorpresas que nos depara la trayectoria de nuestros compañeros en la ruta”.

Acongoja la decadencia del cuerpo, “aplastante”. ¿Cómo es posible que Néstor Braunstein llegara a no poder abrir un frasco sin una pinza para lograrlo? Él que abrió a los nutridos auditorios en los que pronunciaba sus cátedras, ponencias, conferencias magistrales, a vastos horizontes; él que destapó los sentidos, desde nuestros poros para sentir y drenar represiones hasta nuestras

² Braunstein cultivó el género epistolar: cabe mencionar que desde el año 2000, anualmente nos regalaba una epístola (en espera de editor). La última, la de 2022 señalaba en su tercer párrafo que “cuando la luz está próxima a extinguirse... su brillo es mayor”, frase que bien podría servir de epígrafe a este texto.

arterias para mejor circulación del torrente; nuestra nariz para respirar a pleno pulmón; nuestros ojos a nuevas perspectivas (por ejemplo, los ángeles de Xavier Marín). ¿Cómo es que Néstor Braunstein se cayó varias veces? ¿Es posible? Él que no hizo en vida sino levantar desde escuelas; seminarios; programas editoriales, congresos; cursos; traducciones, programas con invitados de primerísima que eran sus amigos; sus lectores; sus admiradores. Personalmente recuerdo a Zizek disertando sobre ópera alemana e italiana; a Marta Jerez dictando seminarios... a tantos más, cuya lista será preciso elaborar. Las redes que erigió de pensadores que pasaron por México no son pequeñas. La Ciudad de México se convirtió por él en un centro cultural de visita obligada, entusiasta.

La rica vida cultural que animó y alimentó en México es una labor sin parangón: dejó una gran estela. Trajo a México mucho, muchísimo más de lo que se repite limitándose al psicoanálisis lacaniano... Néstor Braunstein no es solo el argentino que se exiló por amenazas de la dictadura. Es un chilango que hizo lo que ningún profesor, pensador, filósofo, historiador, psicoanalista, literato... Fue aquí en la Ciudad de México donde su labor floreció; donde publicó y logró hacer más que en cualquier otra latitud. Todo lo compartió incansable, generosamente. No a manos abiertas, sino a entrañas abiertas, consciente de que:

Somos todos el escenario de la eterna lucha entre Eros y Tánatos, entre la creación y la destrucción. Los enemigos están a la vista y tienen formas mutantes: el virus, el fascismo, el ecocidio.

Sí, lo lloramos mucho. Lo lloraremos siempre. Porque la pérdida es enorme.

Personalmente lo he extrañado como lo he pensado en cada una de las cosas que hago y haré. Escuché hace un par de semanas un concierto de OFUNAM, transmitido por TVUNAM (21 de agosto). Le escribí para compartir con él, el gusto de haber descubierto a un compositor argentino, Daniel Freiberg. Esperaba que me contara que también lo conocía personalmente y que le encantaba esa nueva versión de ese concierto de clarinete, ahora transcrito para trompeta por Pachó Flores.³ No respondió y eso me inquietó porque siempre lo hacía. No atendí a esa llamada.

Quería enviarle fotos de las exposiciones que veía (dos de Betsabé Romero en el Museo de la Ciudad y en el el Centro Cultural Obrera; la de Cau-duro en San Ildefonso; la de Sabores en el Munal, la de Antinoo en el Museo

³ <https://music.amazon.com.mx/albums/B0B7BX83F1?ref=dm_sh_mceLr5N7Z1ho0E2WAVigh13ub>.

de San Carlos; en el Museo Tamayo... que fotografié para él). Deseaba llevarle a Barcelona, a donde me invitó varias veces, el último libro que presenté en el Bar Marraquech, *Dragas en rebeldía*... que pretende transmitir a las dragas lo que Néstor Braunstein me inculcó: el hondo valor político de estas acciones en la diversidad; desde la diversidad, como lo afirmó en la presentación que hizo de mi libro *Mester de jotería* en el auditorio de la Rosario Castellanos del FCE.

Néstor Braunstein muere con la dignidad y la grandeza inconmensurable con la que vivió. Aunque vive en nosotros, en nuestros actos; en sus lectores que seguirán estudiando *Psicología: ideología y ciencia*, *Goce*, *Memoria y espanto*, que presenté en la Facultad de Filosofía y Letras, *La memoria, la inventora*...

Quería yo que supiera Néstor Braunstein del cambio de título de mi nuevo libro: *Une tu voz a mi voz*. El título es una invitación... a él, y a quienes fuimos sus discípulos, a unir nuestras voces porque tenemos algo único y poderoso; algo grande, infinito e inverbalizable: su enseñanza; su apertura; su vigor intelectual; su sabiduría y conocimientos; su prodigiosa memoria, su tenacidad e integridad; su entereza, ética y disciplina.